



La Misa del Domingo



Comentario a las lecturas del Viernes Santo **Viernes de Pasión, viernes de decepciones,** **de sueños truncados y perdidos...** **30 de marzo de 2018**

Si el domingo pasado (Domingo de Ramos) escuchábamos la Pasión como marco de toda la semana que estamos celebrando y nos acercábamos en un todo de fiesta a la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén, hoy, resuena con fuerza este “todo se ha consumado” que brota en de lo más profundo en la soledad del monte Calvario.

Todo se precipita: los que estaban al lado en la noche, no aguantan orar en vela; los más cercanos, como Pedro, niegan al Maestro; Jesús pasa por un doble proceso judicial (el religioso ante el sanedrín y el civil ante Pilato); ese mismo día es vejado y torturado hasta llegar al lugar de su martirio.

Y ahí está, colgado del madero, con la compañía, a lo lejos, de las mujeres que han estado con él desde el principio. Sólo ellas han estado a la altura, solo en ellas el amor ha sido más fuerte que el miedo... ¡cuánto tenemos que aprender y recordar de estas discípulas de Jesús!

Soledad, dolor, miedo, angustia... Podemos dejarnos llevar por estos sentimientos, pero si nos quedásemos en ellos estaríamos bastante lejos del sentido último y verdadero de la cruz y el sacrificio de Cristo.

Jesús, en la cruz, en su Pasión, es el signo definitivo del Amor de Dios, es la medida real del Amor. Y es que necesitamos recordar que Jesús muere en la cruz como consecuencia de un determinado modo de vivir: una vida de entrega y amor sin límites, una vida que pone a los pequeños, a los últimos, los enfermos, los que sufren y los despreciados por la sociedad en el primer lugar. Jesús elige al pobre, al que sufre, al extranjero, al refugiado... Y este amor de entrega tiene sus consecuencias, resulta incómodo, cuestiona, denuncia... Puede, incluso, conducir a la cruz. Pero no es una cruz



La Misa del Domingo



muerta. Es una cruz llena de vida, de las vidas sanadas y salvadas. Es una cruz que solo se puede mirar desde tantos crucificados hoy. Es una cruz a cuyos pies se han puesto muchos a lo largo de la historia. Es la cruz que anima a Francisco de Asís y su pobreza radical. Es la cruz que alienta a Madre Teresa de Calcuta en su servicio a los parias de la India. Es la cruz que inspira a Don Bosco mientras gasta su último aleinto por los jóvenes. Es la cruz que ilumina a Monseñor Romero en su denuncia y defensa lúcida de los derechos de su pueblo. Es la cruz, en definitiva, que da fuerzas a tantas y tantas personas que ayer y hoy trabajan por el Reino sin importar las consecuencias.

Una última pregunta desde esta Cruz de Pasión y en este viernes y es: ¿Hasta dónde llega nuestro amor? ¿Está a la altura de lo recibido?

Pedro Hernández, sdb